



THE
MENTORING
PROJECT

PLANIFICACIÓN CRISTIANA DEL LEGADO: DAR CON SABIDURÍA EN LA JUBILACIÓN



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

GUÍA DE CAMPO

PLANIFICACIÓN CRISTIANA DEL LEGADO: DAR CON SABIDURÍA EN LA JUBILACIÓN



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: ¿LOS AÑOS DORADOS O LOS AÑOS AVAROS.....	4
PARTE 1: LA FE MÁS ALLÁ DEL ÚLTIMO SALARIO	8
PARTE 2: EL GIGANTE DE LA ANSIEDAD FINANCIERA	12
PARTE 3: DAR MÁS ALLÁ DE LA CHEQUERA.....	16
PARTE 4: EL ÚLTIMO ACTO DE MAYORDOMÍA.....	21
PARTE 5: LA VISTA DESDE LA LÍNEA DE LLEGADA	25
CONCLUSIÓN: LA ÚLTIMA AUDITORÍA DEL AMO.....	27



INTRODUCCIÓN: ¿LOS AÑOS DORADOS O LOS AÑOS AVAROS?

Arthur vivía en una casa propia, conducía un auto confiable y tenía una pensión que la mayoría de las personas de su barrio envidiaría. En los cuarenta y cinco años que le dedicó a la ingeniería, había construido una vida definida por la precisión y la previsión. Según los parámetros terrenales, había llegado a la recta final de una carrera exitosa. Sin embargo, la atmósfera en su sala de estar bañada por el sol no se sentía victoriosa. Se sentía como un búnker: seguro en teoría, pero sofocante en la vida real.

A pesar de su seguridad financiera, la rutina diaria de Arthur estaba controlada por un profundo temor subyacente. Se pasaba las mañanas obsesionado con los gráficos de inflación y las tardes monitoreando las fluctuaciones del mercado de valores como si su siguiente comida dependiera de ello. Era un millonario que vivía con la ansiedad crónica y agobiante de un mendigo. Su mayor miedo no era la muerte; era la posibilidad de que su siguiente cheque no tuviera fondos. Se había pasado la vida construyendo una fortaleza de «lo suficiente», solo para descubrir que sus muros no lo hacían sentir seguro. Lo hacían sentir atrapado.

Esta es la crisis que muchas personas enfrentan en su vejez. Se nos dice que la jubilación es la etapa de los «años dorados», una etapa de descanso y gratificación. No obstante, para muchos, pasar de ganar a gastar dispara un instinto de supervivencia profundamente arraigado que puede convertir al corazón más

GUÍA DE CAMPO

generoso en uno avaro. En lugar de dar inicio a una etapa de paz, empezamos a vivir una etapa de hipervigilancia, en la que guardamos cada centavo y sentimos cada regalo como una amenaza a nuestra supervivencia.

La trampa de la escasez

Arthur estaba experimentando algo que llamo «la trampa de la escasez». Es un patrón —psicológico y espiritual— en el que la ausencia de un ingreso fijo distorsiona la realidad. Cuando estás trabajando, ves el dinero como un flujo, algo que ingresa y egresa. Sin embargo, cuando esos años de actividad laboral finalizan, muchas personas comienzan a ver sus ahorros como un charco de agua estancada. Cada vez que sacan un balde del charco para pagar una cuenta o ayudar a un nieto, observan el nivel de agua y entran en pánico. No ven la lluvia, solo la sequía.

Esta mentalidad nos lleva a aferrarnos con fuerza a nuestros recursos cuando deberíamos estar buscando maneras de usarlos. El miedo a «quedarse sin nada» se convierte en una profecía autocumplida de miseria. Dejamos de ser mayordomos de la provisión de Dios y nos convertimos en guardianes de nuestro dinero. Nos convencemos de que estamos siendo «prudentes» o «responsables». No obstante, debajo de la superficie, estamos actuando desde una falta de confianza. Hemos puesto nuestra fe en nuestro saldo bancario en lugar de nuestro Proveedor, y, dado que ese saldo es finito, nuestra paz se vuelve frágil.

¿Has notado que, cuanto más posees, más te preocupa perderlo? ¿Por qué un saldo bancario más grande nos lleva a tener un corazón más pequeño? La trampa de la escasez nos susurra que la seguridad está en los ahorros que acumulamos, no en el carácter del Dios que nos prometió jamás dejarnos ni abandonarnos.

El cambio de perspectiva

Para escapar de esta trampa tenemos que cambiar radicalmente la manera en la que vemos los últimos capítulos de nuestra vida. La cultura del consumo nos condicionó a creer que la jubilación consiste en «ahorrar para tiempos difíciles». Nos pasamos décadas creando un colchón financiero para poder estar cómodos en los momentos duros de la vejez. Si bien es sabio planificar nuestro

GUÍA DE CAMPO

legado, una vida centrada solo en la autopreservación se convierte en una vida muy solitaria y pequeña.

El evangelio nos invita a dejar de «ahorrar para los tiempos difíciles» y empezar a «sembrar para la cosecha eterna». Esto no quiere decir que ignores tus cuentas o que gastes tu pensión de manera irresponsable. Consiste en cambiar el objetivo principal de tus finanzas. En lugar de preguntarte: «¿Cuánto puedo ahorrar para asegurarme estar siempre cómodo?», comienza a preguntarte: «¿Cuánto puso Dios en mis manos para invertir en cosas que perdurarán más que yo?».

En el reino de Dios, los recursos son un río, no una reserva. Si fuesen solo una reserva, estarían estancados, contaminados y no se podrían usar. Cuando ves a tu jubilación con ojos de eternidad, ese «charco» no permanece estancado y, sorprendentemente, tampoco se achica. Está siendo utilizado. Cada acto de generosidad bíblica es una semilla plantada en un campo en el que caminarás para siempre. La ansiedad de Arthur surgía a partir de la idea de que su vida se estaba terminando. No obstante, para los creyentes, la vida está por comenzar. La jubilación cristiana no es el final de la misión; es un cambio de tareas. Por fin tienes más tiempo, más sabiduría y más recursos para hacer más por el que hoy vive aferrado con todas sus fuerzas a reino de lo que podías hacer cuando estabas demasiado ocupado tratando de tener éxito en tu carrera.

Los principios bíblicos de la generosidad en la jubilación

A menudo tratamos a la generosidad como si fuera una actividad de la juventud; algo que haces cuando estás construyendo tu carrera y en busca de beneficios fiscales. Sin embargo, la Biblia no establece una «edad de retiro». De hecho, algunos de los actos de generosidad más grandes en las Escrituras fueron llevados a cabo por personas en el ocaso de sus vidas.

Los principios bíblicos de la administración del dinero no expiran cuando recibes el primer pago de tu pensión. Salmos 92:14 dice que los justos «[a]un en su vejez, darán fruto; siempre estarán saludables y frondosos». Estos «frutos» no son solo de carácter personal; tienen un impacto en toda la comunidad. El diseño de Dios para tu edad avanzada no está pensado para que te aisles en una coraza de autoprotección. Él quiere que seas una fuente de sombra y alimento para las generaciones venideras.

GUÍA DE CAMPO

Honrar a Dios con tu dinero en la jubilación es un acto profundo de adoración porque demuestra que tu esperanza nunca estuvo en tu cuenta de retiro. Es una declaración ante tu familia, tu iglesia y tu alma que afirma que Dios es quien te sostiene. Cuando un jubilado da con generosidad, está diciendo: «Vi cómo Dios me proveyó durante setenta años y no voy a comenzar a dudar de Él ahora». Es el testimonio definitivo de una vida bien vivida.

En las próximas secciones, consideraremos los aspectos prácticos de este cambio de perspectiva. Hablaremos de cómo superar el miedo al futuro, cómo distinguir entre las necesidades reales y las amenazas percibidas, y cómo crear un legado cristiano que lleve el peso del evangelio a las vidas de tus hijos y nietos. Con el tiempo, Arthur comprendió que su paz no provenía de la estabilidad del mercado de valores, sino de las manos de Aquel que determina el número de las estrellas y las llama por su nombre. Puedes elegir pasar tus últimos años intentando correr tras el viento o puedes decidir sembrar para tener una cosecha que nunca desaparecerá. Elijamos esta última.

1

LA FE MÁS ALLÁ DEL ÚLTIMO SALARIO

La mayordomía cuando los ingresos se detienen

La llegada de tu último salario profesional marca un verdadero punto de inflexión psicológico. Durante décadas, tu vida estuvo determinada por el pulso predecible de un salario: una acumulación que te permitía gastar y ahorrar. Cuando este ciclo se detiene, el «flujo» en el que confiabas de pronto se convierte en una «reserva». Para muchas personas, esta transición da lugar a un temor profundo e inquietante, ya que el flujo familiar de recursos parece ser reemplazado por una reserva limitada.

En medio de este cambio, es muy fácil sucumbir ante una forma de amnesia espiritual. Al volvernos más vulnerables, nuestro instinto nos lleva a ponernos a la defensiva, y empezamos a ver nuestras posesiones y ahorros como «nuestros» de una manera en la que nunca los vimos mientras trabajábamos. Sin embargo, la lógica del reino nos dice que la jubilación no es el final de tu función como mayordomo. En cambio, la finalización de tu carrera es el inicio de un capítulo más enfocado e intencional de la mayordomía divina.

El Amo versus el mayordomo: comprender la mayordomía cristiana en la vejez

Cuando tenemos asegurado un salario fijo, a menudo afirmamos que «todo le pertenece a Dios». No obstante, cuando ese salario ya no está, esa abstracción choca con la realidad. El impulso de pasar de ser un «mayordomo» a un «dueño» nunca es más fuerte que cuando sientes que estás viviendo con recursos limitados.

Bíblicamente, la mayordomía no es un puesto de trabajo del que te puedas jubilar. Un mayordomo es alguien a quien se le confiaron los recursos de otra persona para alcanzar los objetivos de esta. Ya sea que estés en tu primer trabajo o cobrando una pensión a

GUÍA DE CAMPO

los 85 años, no eres la fuente de tu riqueza ni tampoco su destino final. El dinero sigue siendo propiedad del Amo.

Para muchos jubilados, la preocupación financiera es una crisis de identidad disfrazada. Cuando desaparece el «potencial de ingreso», es posible que sintamos una falta de importancia y nos aferremos a los recursos para mantener un sentido de autoridad. Lo llamamos «prudencia», pero a menudo se debe a una falta de paz. Dejamos de poner nuestra confianza en el Proveedor y la ponemos en nuestra «acumulación», creando una seguridad frágil que desaparece cuando el mercado fluctúa. Si esta «crisis de identidad» se agudiza y no se aborda, esa seguridad puede desvanecerse incluso cuando los valores del mercado están en alza.

Dios no nos confía sus recursos para que construyamos búnkeres donde pasar nuestros últimos años. Nos los confía para que podamos seguir participando de su obra. En esta etapa, tu enfoque pasa de *cómo acumulas los recursos a cómo los utilizas*. Eres un mayordomo que debe rendir cuentas al Rey. Tu responsabilidad es asegurarte de que cada recurso refleje sus prioridades. Concebir la jubilación como un «trabajo de administración» reemplaza la carga de la posesión por la libertad silenciosa de la mayordomía. Si los recursos son de Dios, Él es responsable del resultado: tu tarea es simplemente serle fiel.

El principio del maná: confiar en la providencia en lugar del fondo de pensiones

El desierto de Sinaí nos ofrece una profunda lección sobre la providencia divina. Los israelitas cambiaron la predecible esclavitud por la incertidumbre de la libertad. No contaban con una red de seguridad ni con un plan de respaldo. Dependían por completo de la intervención de Dios, lo que nos lleva al «principio del maná», un concepto vital para los jubilados.

En Éxodo 16, Dios les brindó un alimento milagroso con una instrucción específica: recojan solo lo necesario para ese día. Acumular para el futuro provocaba que el maná se pudriera y se echara a perder. Dios les estaba enseñando a sus hijos a encontrar la seguridad en el Proveedor, no en la provisión.

Hoy en día, las carteras de inversión responsables, desde un punto de vista bíblico, pueden convertirse fácilmente en «maná acumulado». Revisamos nuestro saldo con una frecuencia compulsiva, buscando una paz que los números de una pantalla

GUÍA DE CAMPO

no nos pueden dar. El principio del maná nos recuerda que la fiabilidad de Dios se renueva a diario. No prometió darnos de una sola vez cuarenta años de pan; prometió estar con nosotros cada mañana. Confiar en la providencia no significa olvidarnos de la planificación financiera, sino negarnos a tratar nuestras cuentas como si fueran nuestras «salvadoras». El ruido de la incertidumbre del futuro es silenciado por la evidencia de la fidelidad de Dios en el pasado.

La generosidad en los jubilados con un ingreso fijo: las moneditas de la viuda

A menudo, los jubilados sienten que un «ingreso fijo» limita su capacidad de ser generosos. Sin embargo, Jesús nos enseñó que estas condiciones son ideales para practicar la más profunda generosidad. En Lucas 21, Jesús observó cómo los ricos donaban grandes sumas a la alcancía del templo. A continuación, una viuda depositó dos monedas de muy poco valor. A pesar de que su contribución era matemáticamente irrelevante, Jesús declaró que ella había dado «más que todos los demás» (Lc 21:3). No más que cualquiera de ellos, ¡más que todos juntos!

Dios mide el sacrificio, no los ceros en la cuenta bancaria. Dios mira el corazón. Los ricos dieron lo que les sobraba; la viuda dio desde su pobreza, confiando por completo en que Dios proveería su próxima comida. Este es el modelo por excelencia para los últimos capítulos de la vida. La generosidad con un ingreso fijo tiene que ver con la proporción y la actitud. Una ofrenda pequeña hecha con un presupuesto limitado implica un enorme valor espiritual. Es un acto radical de devolverle a Dios. Declara ante tu familia y tu alma que no necesitas un exceso de dinero para ser una bendición para otros.

Vivir como mayordomo del reino

La transición a la jubilación no es pasar de ser «útil» a ser «inútil». Ocurre un cambio en la naturaleza de tu mayordomía. Con la perspectiva que te da toda una vida, has visto cómo Dios te ha provisto en cada crisis y cada transición.

No dejes que el temor a una «reserva en disminución» te convierta en un propietario a la defensiva. Sé el administrador que ansía mostrarle al Amo los rendimientos de su inversión. Confía en el principio del maná, sabiendo que el Dios que te sostuvo a través

GUÍA DE CAMPO

de décadas de trabajo es el mismo Dios que te sostendrá en tu última etapa. Tu determinación de ser generoso es ahora un legado espiritual poderoso que demuestra que tu esperanza nunca estuvo en tu cuenta bancaria, sino en Aquel que posee las llaves de todos los tesoros.

2

EL GIGANTE DE LA ANSIEDAD FINANCIERA

Superar el miedo a que nada sea suficiente

En el umbral del ocaso de tu vida, una sombra específica comienza a vislumbrarse. Es un gigante que sigue a muchos jubilados en la quietud de sus casas, susurrando durante la noche cuando hay estados de cuenta bancarios sobre la mesa de la cocina. Este gigante es el miedo sofocante y omnipresente a que nada sea suficiente. Ya sea que una persona tenga cinco mil dólares o cinco millones, la ansiedad se siente de la misma manera. Es la sospecha inquietante de que, en alguna parte, más allá de la próxima década, tus recursos se desvanecerán, dejándote expuesto y convirtiéndote en indigente. Comienzas a imaginarte escenarios irreales a medida que la incertidumbre se incrementa.

Esto no se trata solo de cuentas. Es un asedio espiritual. En una era de volatilidad económica y costos crecientes, el miedo al futuro puede convertirse en una fuerza paralizante. Para vivir con generosidad en esta etapa, primero debemos enfrentar a este gigante. Debemos desbaratar la estructura de ansiedad que nos impide sentir la paz que Dios nos prometió, incluso en el ocaso de nuestra vida. Es decir, si no debemos preocuparnos por nada, sino orar a Dios en todo, ¿no incluye esto también la forma en que afrontamos esta etapa de la vida?

El miedo al hogar de ancianos: superar el riesgo de la longevidad

Si analizas a fondo la mayoría de las preocupaciones financieras de las personas mayores, en algún punto te encontrarás con el

GUÍA DE CAMPO

fantasma de los centros de cuidado. Es el «¿y si...?» por excelencia. ¿Y si mi salud se deteriora? ¿Y si necesito atención que cuesta 10 000 dólares al mes? ¿Y si me convierto en una carga para mis hijos?

El «riesgo de longevidad» —la probabilidad estadística de vivir más tiempo de lo que duren nuestros recursos económicos— es lo que usa el mundo para vendernos una vida de aferramiento perpetuo, o tal vez un seguro que no podemos pagar. Se nos dice que debemos acumular un «colchón» inmenso para protegernos contra el inevitable deterioro de nuestros cuerpos. Si bien la planificación patrimonial de las personas mayores es sabia, el miedo al hogar de ancianos puede convertirse fácilmente en un ídolo que demanda el sacrificio de nuestra alegría. Dejamos de donar a la iglesia o de ayudar a nuestros nietos hoy porque nos aterroriza que dentro de quince años pueda surgir un gasto médico importante o que recibamos una mala noticia sobre nuestra salud.

El antídoto espiritual está en el carácter de Dios como nuestro Sustentador de por vida. En Isaías 46:4, Dios nos promete: «Aun en la vejez, cuando ya peinen canas, yo seré el mismo, yo los sostendré. Yo los hice y cuidaré de ustedes; los sostendré y los libraré». Dios no te ve como una «carga» cuando dejas de ganarte un sueldo, ni tampoco como un «centro de costos» cuando tu salud se debilita.

Superar este miedo implica darte cuenta de que la seguridad definitiva nunca estuvo en el tamaño de tu fondo de salud, sino en las manos que te crearon. Cuando nos obsesionamos con los costos o con los «¿y si...?», insinuamos que la capacidad que tiene Dios de cuidarnos expira cuando nuestra independencia lo hace. No obstante, el Dios que proveyó maná en el desierto es más que capaz de sortear una economía con inflación. Confiar en Él cuando peines canas significa creer que Él ya conoce el futuro, vio tu última factura y halló la manera de pagarla.

El rico insensato y los graneros: un análisis profundo de Lucas 12

En el Evangelio de Lucas, Jesús habla de un hombre que pensó que había resuelto el problema del «nada es suficiente». Había obtenido una enorme cosecha, y su solución era simple: *«[D]erribaré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pueda almacenar todo mi grano y mis bienes. Y diré: alma mía, ya*

GUÍA DE CAMPO

tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida» (Lc 12:18-19).

A simple vista, la historia de este hombre parece todo un éxito. Estaba preparado para sus «años dorados». Sin embargo, Dios lo llama «insensato». No porque fuese rico, sino porque no era «rico delante de Dios». Por supuesto, esta es una figura retórica. Dios no necesita nada de este hombre. Ser rico delante de Dios es pensar en las necesidades de los demás, como la familia, los amigos y los pobres.

El «rico insensato» sufría de un caso fatal de «primera persona en singular». Su monólogo estaba lleno de «yo» y «mi». No veía su excedente como una herramienta para la comunidad, sino como un muro para proteger su propia comodidad. Creía que, al añadir ceros a su inventario, estaba comprando más años para su alma. Lo malo de la estrategia del «granero más grande» es que crea un sentido falso de seguridad a la vez que aísla el corazón de las necesidades ajenas. Para un jubilado, el «granero más grande» podría ser una cuenta de inversión desmesurada o una vida centrada solo en la autopreservación. Ser «rico delante de Dios» es darte cuenta de que el propósito de tener más riquezas nunca fue construir un muro, sino un puente.

Invertir en lo eterno: el banco del cielo

Vivimos en un mundo de cotizaciones volátiles. En una sola tarde, un mercado puede borrar una década de ahorros, alimentando al gigante de la ansiedad. Sentimos que nuestro futuro está atado a los caprichos de Wall Street. Sin embargo, los seguidores de Cristo somos llamados a invertir en otro tipo de activo. Cuando meditamos en los versículos bíblicos sobre la generosidad, vemos que Jesús nos dice: «Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen [...]» (Mt 6:20). No es ninguna sorpresa que Jesús concluya este pasaje añadiendo: «Por lo tanto, no se preocupen por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes. Cada día tiene ya sus problemas» (Mt 6:34). No podemos invertir en este activo diferente si no reconocemos cuál es la fuente de nuestra paz.

Este es un cambio de enfoque muy importante. Invertir con base en la fe en lo inquebrantable significa cambiar nuestro ROI (retorno de la inversión) por un ROR (retorno del Reino). Cuando apoyas a un misionero, alimentas a los necesitados o actúas como mentor

GUÍA DE CAMPO

para las próximas generaciones, estás transfiriendo los fondos de una cuenta volátil a una cuenta eterna. Estás transformando el dinero frágil en frutos duraderos. Mi padre de 90 años me dijo que tiene más cosas que dar, no menos, gracias a su edad. Entonces, imagina el potencial de crecimiento si pensamos en la longevidad a lo largo de varias generaciones.

La economía del cielo no se desploma. Cuando das, no estás «perdiendo» dinero: lo estás reubicando en un lugar donde no llega la inflación. Si tus recursos más valiosos están almacenados en un lugar donde nada puede afectarlos, los titulares de cada día dejan de quitarte el sueño.

Vencer al gigante

Superar la ansiedad financiera no se trata de tener el dinero «suficiente»; se trata de tener «suficiente» de Dios. El gigante del temor es un mentiroso. Te dice que estás solo y que tu dinero es tu única esperanza. Sin embargo, el evangelio nos cuenta una historia mucho mejor.

Tienes un Padre que te ha sostenido a lo largo de todas las recesiones y crisis durante setenta u ochenta años. Tienes un Padre que ya te ha dado a Jesús, lo mejor que tenía. ¿Por qué habría de detenerse ahora? Tu herencia *«no se puede destruir, contaminar o marchitar. Tal herencia está reservada en el cielo para ustedes»* (1 P 1:4). La próxima vez que el gigante susurre algo sobre la bolsa de valores, contéstale con la verdad del Pacto. Puede que tu granero sea pequeño, pero tu Dios es inmenso.

3

DAR MÁS ALLÁ DE LA CHEQUERA

La mayordomía del tiempo y la sabiduría

Durante casi cuatro décadas, es probable que tu vida haya estado caracterizada por una disyuntiva constante. Tenías una carrera, tal vez una familia que criar, y una montaña de responsabilidades que consumían cada hora de tu día. En esa etapa, tu generosidad solía ser transaccional por necesidad. Dabas cheques a la iglesia, apoyabas a los misioneros y contribuías a los fondos de construcción porque tu agenda no te permitía hacer mucho más que eso. Le dabas a Dios tu dinero porque no tenías el tiempo de ofrecerle algo más.

Ahora, ese panorama cambió por completo. Si bien puede que estés sintiendo ansiedad por tener un ingreso fijo o hayas caído en la «trampa de la escasez» que mencioné anteriormente, de pronto tienes en tus manos el lujo más grande del mundo moderno: tiempo. El reloj ya no define tu valor y el calendario corporativo perdió su autoridad sobre tus mañanas. Esta abundancia de tiempo es un tipo específico de capital del reino, y la manera en que lo inviertas determinará el legado de tus capítulos finales.

Una divisa distinta al dinero: oportunidades de ministerio para cristianos jubilados

En la economía del mundo, «el tiempo es dinero». Sin embargo, en la economía de Dios, el tiempo vale más que el oro. Vivimos en una sociedad que carece de tiempo. Las familias jóvenes hacen malabares con el trabajo, el cuidado de los niños y la supervivencia básica, lo que a menudo las deja espiritualmente exhaustas y les impide relacionarse. Como jubilado, tienes una mina de oro de disponibilidad.

Durante cuarenta años, eras tú quien vivía a toda prisa. Ahora, tienes la posibilidad de ser quien esté apoyando a las personas que lo hacen. Esto no se trata de «mantenerse ocupado» o de encontrar pasatiempos para matar el rato: es reconocer que tu presencia es ahora tu principal ofrenda. Una presencia sin prisa, atenta y disponible es uno de los regalos menos comunes que puedes ofrecer en un mundo vertiginoso.

Muchos jubilados caen en la trampa de pensar que el «ministerio de la iglesia» se basa en las tareas que nadie más quiere hacer: llenar sobres, recibir a los feligreses o limpiar la cocina. Si bien esas tareas son dignas de respeto, a menudo no se relacionan con la «divisa» especializada que acumulaste. Puede que tu ministerio sea ser quien pase dos horas escuchando a un prójimo fatigado. Puede que sea asistir a una reunión comunitaria para ser la voz de la calma y de la razón. Puede que sea convertirte en el «animador designado» para alentar al personal de la iglesia que se encuentra al borde del agotamiento. Por fin tienes el margen para hacer lo que hizo Jesús: notar a las personas. Hay quienes aprendieron a hacer esto con sabiduría mientras vivían con prisa, pero sería una tragedia no aprenderlo después.

El deber de los ancianos: ser mentores de la próxima generación

Hay un mandato específico en el Nuevo Testamento que suele tratarse como una sugerencia opcional, cuando en verdad es una estrategia de supervivencia decisiva para la iglesia local. En Tito 2:3-5, el apóstol Pablo describe una clara cadena de mando para la transmisión de la vida espiritual. Cuando exploramos lo que dice la Biblia sobre la jubilación, vemos que él llama a los hombres y mujeres mayores a «enseñar lo bueno», específicamente para que puedan «aconsejar» a los jóvenes en cuanto a los aspectos prácticos de la fe y la vida. ¿Está sucediendo esto en tu iglesia? De ser así, cuentas con modelos a seguir. De no ser así, puede que tú seas quien vuelva a poner en práctica este mandato bíblico.

El acto más generoso que llesves a cabo en esta etapa de la vida probablemente no se vea reflejado en un estado de cuenta bancario. Se verá reflejado en la vida de un padre joven que tiene miedo de fallarle a sus hijos, o en una pareja en problemas que no sepa cómo enfrentar los desafíos de sus primeros años de matrimonio. Eres un depósito de «sabiduría adquirida por medio de cicatrices». Has vivido recesiones, crisis parentales, sustos de

GUÍA DE CAMPO

salud y sequías espirituales que las generaciones más jóvenes están enfrentando por primera vez.

La tragedia del «sueño» de jubilación moderno es que a menudo alienta a los mayores a aislarse en pequeños grupos o comunidades donde solo interactúan con personas de su misma edad. Esto puede ser aún más trágico. Cuando era joven, le pedí a un anciano en mi iglesia que aplicara el consejo de Tito 2:3-5 en su vida y en la de los demás miembros de la comunidad de adultos mayores. Él me contestó: «Ya hicimos nuestra parte. Ahora es te toca a ti». Es verdad que todos tenemos oportunidades de ministerio a lo largo de nuestras vidas. Sin embargo, los ancianos tienen un llamado especial hacia las generaciones más jóvenes. Esta segregación y esta mentalidad crean una «pérdida de sabiduría» en el Cuerpo de Cristo. Las generaciones jóvenes están ahogadas en información. Pueden encontrar miles de videos en YouTube para aprender a arreglar una tubería o administrar un presupuesto, pero están hambrientos de sabiduría. Necesitan que alguien les diga que la tormenta que están enfrentando no durará para siempre. Necesitan a alguien que les muestre cómo se ve un compromiso a largo plazo con Cristo una vez que el entusiasmo inicial se desvanezca.

La mentoría de la presencia: no necesitas un currículum formal para ser mentor. Solo necesitas una mesa y un corazón abierto.

El regalo de la perspectiva a largo plazo: los jóvenes suelen vivir en el «ahora», lo que hace que toda crisis se sienta terminal. Tú puedes ofrecerles la «perspectiva a largo plazo» que estabilice sus corazones frenéticos.

La validación del problema: cuando una persona mayor dice: «También tuve problemas con eso, y Dios fue fiel», se rompe el poder de la vergüenza en la vida de una persona más joven.

No asumas que las generaciones más jóvenes no quieren oír lo que tengas para decir. Puede que se vean intimidados o que no sepan qué preguntar, pero están desesperados por conseguir la estabilidad que demuestras. Tu deber como anciano es ser un puente, no un observador. Cada hora que pases dedicándole tu vida a alguien treinta años más joven es una inversión que dará sus frutos mucho después de que hayas pasado a la eternidad.

Generosidad por medio de la intercesión: el poder del «ministerio de oración de los jubilados»

Tal vez, a medida que leas esto, sientas frustración porque tu salud ya no te permite «estar disponible» de las formas que se describieron anteriormente. Tal vez estés confinado en tu hogar o en un centro de cuidados y sientas que tu etapa de utilidad ha terminado. Si ese es tu caso, quiero desafiar esa creencia con tenacidad. Tienes el potencial de ser la persona más generosa de tu congregación a través de la tarea de dar como intercesión.

En el libro de Colosenses, Pablo menciona a un hombre llamado Epafras, que estaba «siempre luchando en oración» por la iglesia (Col 4:12). Observa el término que utiliza Pablo: *luchando* (y no es la única vez que lo usa en relación con la oración). Orar no es una actividad pasiva para quienes no pueden trabajar «de verdad». Es esforzarse en el mejor sentido de la palabra. La oración es la sala de máquinas del reino.

Un jubilado que dedica su tiempo a orar está llevando a cabo un servicio espiritual de alto nivel que un pastor ocupado o un diácono agobiado no puede igualar. Tienes el tiempo de obrar en profundidad. Puedes tomar la lista de miembros de la iglesia y orar por cada nombre que aparece allí. Puedes interceder por los misioneros que están en primera línea, los niños en la guardería y los líderes que toman decisiones difíciles. Eres el «apoyo invisible» que evita que toda la estructura colapse.

Conocí a una mujer que se pasó los últimos cinco años de su vida postrada. Para los estándares del mundo, ella era un gasto de recursos, una «carga». Sin embargo, las personas de su iglesia conocían la verdad. Sabían que, si alguien estaba en crisis, podía llamar a la «Sra. H.», porque ella llevaba tu nombre ante el trono de la gracia y lo mantenía ahí hasta que hubiera un cambio. Fue la persona más generosa que conocí. No ofrendaba dinero: ofrendaba su aliento, su concentración y su autoridad espiritual. Era una persona confinada cuya influencia a través de la oración llegaba a todas partes del mundo. ¿Sientes que el Señor te está llamando a luchar en este nuevo frente?

Redefinir tu valor

Si en la actualidad estás sintiendo la «fricción» de la jubilación —la sensación de que ya no eres «necesario» porque no estás

GUÍA DE CAMPO

generando un producto o un salario—, recuerda que Dios no mide tu valor según tu utilidad para una corporación. Mide tus frutos según cuán fiel eres a su llamado.

Los «años dorados» no son una invitación a dejar de servir. Son una invitación a servir de otra manera. Estás pasando de la mayordomía de las *ganancias* a la mayordomía de las *enseñanzas*. Ya sea que estés sentado en una cafetería junto a un joven que necesite un mentor o en un sillón reclinable con una lista de oraciones en tu regazo, estás llevando a cabo tareas con impacto eterno.

No dejes que la «trampa de la escasez» te convenza de que no tienes nada más que ofrecer porque el saldo de tu cuenta bancaria es limitado. Tu tiempo no es limitado. Tu sabiduría no es limitada. Tu acceso al Padre no es limitado. Puede que tengas menos dinero, pero tienes más peso que nunca. Tu versión más generosa no es la que firmaba los cheques más grandes cuando tenías cincuenta años: es la que ofrece la parte más grande de tu corazón a los setenta y a los ochenta años.

4

EL ÚLTIMO ACTO DE MAYORDOMÍA

La herencia, los testamentos y las conversaciones difíciles

Para muchas personas, la planificación patrimonial es algo que debe posponerse para algún otro momento. Es un tema que nos obliga a enfrentar nuestra propia mortalidad. En una cultura que adora a la juventud y evita la realidad de la tumba, hablar de una última voluntad y de un testamento puede sentirse morboso o hasta derrotista. No obstante, para los seguidores de Cristo, la distribución de los recursos al final de la vida no es una simple necesidad legal. Es el sello final de una vida de mayordomía; una manera con propósito de dejarle un legado a tu familia y al reino. Es la oportunidad final para declarar, por última vez, dónde residió de verdad tu corazón.

En esta última etapa, tu papel como administrador de los recursos de Dios alcanza su punto más crítico. Debes decidir cómo el capital que has administrado por décadas seguirá trabajando para el reino mucho después de que estés en presencia del Amo. No se trata solo de impuestos y de sucesiones, sino de la trascendencia espiritual de tu último testimonio.

La planificación patrimonial como forma de adoración: tu último testimonio de fe

A menudo vemos los testamentos como documentos técnicos y aburridos diseñados para evitar que el gobierno se quede con nuestro dinero y asegurarnos de que nuestros parientes no inicien batallas legales. Si bien esos son beneficios prácticos, la perspectiva bíblica sobre el legado es mucho más profunda. Al examinar lo que dice la Biblia sobre la herencia, vemos que un plan patrimonial es, en efecto, tu «último sermón». Es una expresión

concreta de tus valores, tus prioridades y tu confianza en la providencia de Dios.

Cuando un creyente aborda la planificación patrimonial como un acto de adoración, pasa de centrarse en la «protección» a la «proclamación». Al designar con intención partes de tu patrimonio a la iglesia local, las misiones o los ministerios que moldearon tu camino junto a Cristo, estás haciendo una declaración legal y espiritual. En cierto sentido, esto aborda de manera hermosa cómo dar el diezmo durante la jubilación, en la recta final de la vida. Estás diciéndoles a tus herederos —y al mundo— que la misión del evangelio no era solo un pasatiempo o un hábito de las mañanas de domingo. Era el propósito central de tu vida.

Donar tu legado es una forma de «hablar» incluso cuando no se oiga tu voz. Permite que tus recursos sigan alimentando a los hambrientos, capacitando a pastores y llegando a los perdidos durante las próximas décadas. Imagina la satisfacción espiritual de saber que una casa en la que una vez viviste o una cuenta de inversión que alguna vez manejaste se convertirán un día en los fondos que sustenten un proyecto de traducción bíblica o brinden una beca para un estudiante con dificultades económicas. Esta es la belleza de la «última tarea de mayordomía». Haces que las propiedades temporales tengan un impacto duradero.

El debate de la «herencia»: los hijos versus el reino

Uno de los aspectos más complicados de la jubilación es la tensión entre proveer para nuestros hijos y honrar a Dios con nuestros últimos recursos. Muchos padres sienten la presión silenciosa y agobiante de dejarle «todo» a sus hijos. Tememos que dar una parte importante de nuestro patrimonio a la iglesia se vea como una ofensa a la familia, o peor, como si estuviésemos «desheredando» a nuestros hijos por fanatismo religioso.

Por otro lado, la sabiduría bíblica nos dice en Proverbios 13:22: «El hombre de bien deja herencia a sus nietos; las riquezas del pecador se quedan para los justos». Entonces, ¿cómo podemos abordar esto?

El debate sobre la herencia rara vez se trata del dinero en sí, sino más bien del mensaje que le enviamos a nuestros herederos. Si les dejamos una cantidad enorme de dinero a hijos que no se lo ganaron ni aprendieron sobre mayordomía, puede que los

estemos perjudicando profundamente. La historia y la sociología están llenas de relatos de «afluenza»: el deterioro moral y espiritual que se da cuando alguien recibe una gran herencia sin tener el corazón preparado para administrarla.

En primer lugar, ninguna regla bíblica dice que debemos dejarles el 100 % a nuestros parientes de sangre. La mayordomía no se detiene en los lazos familiares.

En segundo lugar, los hijos suelen necesitar más el desarrollo del carácter que el dinero. Al ver cómo destinas parte de tu dinero al reino pueden aprender más que al ver otro cero en su cuenta.

En tercer lugar, habla sobre estos temas con anticipación. Coméntales sobre el amor, sobre el plan y sobre tus motivos para que no sea una sorpresa. Lidar con la culpa de «desheredar» a la iglesia por tu comodidad —o viceversa— requiere un recordatorio de la verdad fundamental: ese dinero no es tuyo ni de tus hijos. Le pertenece al Rey. Tu trabajo es escuchar sus indicaciones para distribuirlo. Dejarle una importante parte de tu patrimonio al reino no es un acto de desprecio hacia tu familia; es un acto de fidelidad hacia tu Padre.

¿Cuánto debería donarle un jubilado a la iglesia?

El concepto del «diezmo» en la jubilación puede ser confuso. Durante tus años de actividad laboral, las cuentas eran bastante simples: donabas el diez por ciento (o más) de tu salario. Ahora que ya no recibes un salario como tal y vives de una combinación de los beneficios de la Seguridad Social, pensiones y retiros de cuentas sobre las que ya has pagado el diezmo, calcular ese «diez por ciento» ya no es tan sencillo.

¿Deberías pagar el diezmo sobre el monto bruto de tu prestación de la Seguridad Social? ¿Qué ocurre con las distribuciones mínimas obligatorias de tu cuenta de retiro? Si ya pagaste el diezmo sobre ese dinero cuando lo depositaste en tu cuenta de jubilación hace treinta años, ¿debes volver a pagarlo cuando lo retires?

Podemos perdernos en los detalles de la contabilidad legalista, pero cuando miramos lo que dice la Biblia sobre dar, vemos que el Nuevo Testamento siempre nos invita a practicar la generosidad con sacrificio y alegría. Para un jubilado, la pregunta deja de ser:

GUÍA DE CAMPO

«¿Cuál es el mínimo requerido?» y se convierte en: «¿Cómo puedo llevar adelante una vida de adoración con estos ingresos?».

El objetivo no es satisfacer a un auditor fiscal en el cielo; es mantener tu corazón blando. Si te descubres angustiado por encontrar el porcentaje perfecto hasta el punto de sentir ansiedad, da un paso atrás. A Dios le interesa más tu confianza que tu libro de cuentas. Dar el diezmo con un ingreso fijo se trata de mantener una dependencia constante del Padre. Es un recordatorio mensual de que, a pesar de que tu «salario» ya no existe, la provisión es continua.

La última firma

Tu plan patrimonial es el punto final en la oración de tu vida. Es la última oportunidad de demostrar que tu seguridad nunca estuvo en tus «graneros», sino en Aquel que proveyó todas las cosechas.

No dejes tu último acto de mayordomía al azar ni a las leyes aplicables del estado. Tómate el tiempo de sentarte con un planificador patrimonial cristiano o un asesor de confianza. Ten las conversaciones difíciles, incómodas y, en última instancia, hermosas con tu familia. Asegúrate de que tu última voluntad y testamento sea un documento que le dé gloria a Dios y contribuya a la expansión continua de su reino.

Cuando finalmente te encuentres de pie ante el Amo, querrás estar seguro de que administraste bien sus recursos hasta el último segundo. Querrás poder decir que no solamente acumulaste riquezas a las que aferrarte; distribuiste un legado de gracia que continuará dando frutos a lo largo de varias generaciones. Tu último acto de generosidad no es una pérdida; es sembrar para una cosecha eterna. Puede que sea el último cheque que firmes, pero tendrá un impacto duradero.

5

LA VISTA DESDE LA LÍNEA DE LLEGADA

Dar con perspectiva eterna

A medida que la carrera llega a su final, el paisaje cambia. El ritmo frenético de las millas anteriores desaparece, y el horizonte se convierte en el foco principal. Para los cristianos en edad avanzada, la «línea de llegada» no es un muro, sino un umbral. En esta etapa de la vida emerge un tipo de claridad diferente. Desde aquí, puedes ver que las cosas que acumulamos durante décadas son muy livianas, mientras que aquellas que dimos tienen un peso que anclan nuestra alma en la paz.

Acumular tesoros en el cielo: un impacto en las vidas ahora

Todos escuchamos la frase trillada que dice: «No te puedes llevar nada a la tumba». Esta realidad se hace más evidente cuando estás limpiando un sótano o actualizando un testamento. No obstante, Jesús nos ofrece una alternativa radical ante el nihilismo de dejarlo todo atrás. En Mateo 6:19-21, nos dice que no acumulemos tesoros «donde la polilla y el óxido destruyen», sino que los acumulemos en el cielo.

No puedes llevarte tu cuenta de retiro al más allá, pero puedes «acumularla en el cielo» si la inviertes en las vidas de las personas que estarán allí para recibirte o a quienes recibirás allí algún día. Cada dólar usado para apoyar un ministerio, cada hora que pasas siendo mentor de un estudiante y cada recurso dedicado a aliviar el sufrimiento significa cambiar una moneda devaluada por una eterna. No estás perdiendo tus recursos: los estás reubicando. Cuando das con generosidad en la vejez, estás haciendo un cambio de divisa espiritual, asegurándote de que el trabajo de toda tu vida produzca una cosecha que ni las polillas ni el óxido tocarán.

Vivir con una perspectiva eterna: la nueva ciudad versus la antigua divisa

A medida que las luces de la «nueva ciudad» se vuelven más brillantes, la «antigua divisa» de este mundo pierde naturalmente su esplendor. Piensa en un viajero que se acerca a la frontera de un país nuevo. No se desesperan por acumular más de la moneda local del país que están por dejar. Buscan formas de gastarla o de convertirla antes de que se transforme en papel inútil.

Una perspectiva eterna implica darte cuenta de que tu verdadera herencia no está en una bóveda, sino que te espera en tu lugar de destino. Cuanto más te acercas a la presencia de Dios, menos deberías sentir la necesidad de aferrarte a la «seguridad» de una cuenta bancaria. ¿Por qué obsesionarte con la estabilidad de una tienda de campaña temporal si estás por entrar a una mansión permanente? Este cambio de enfoque es la cura definitiva para los «años avaros». Te permite vivir con las manos abiertas, sabiendo que el Padre no es solo tu Proveedor en esta vida, sino también tu Gran Recompensa en la siguiente.

La alegría de un bolsillo vacío: la historia de una santa generosa

Conocí a una mujer llamada Mary que vivía en un apartamento diminuto y tenía muy pocas posesiones. Había pasado sus años de jubilación donando casi todo lo que recibía: su pensión, su tiempo e incluso sus muebles. Cuando falleció, su «patrimonio» consistía en unos pocos libros y una Biblia muy usada. Según los estándares del mundo, murió en medio de la pobreza.

Sin embargo, en su funeral, la capilla estaba repleta. Muchas personas compartieron historias de cómo los «bolsillos vacíos» de Mary habían llenado sus vidas con esperanza. Era la persona más feliz del condado porque había descubierto el secreto: cuanto menos poseía, más tenía. No murió sin poseer nada; murió siendo dueña de todas las cosas importantes. Sus «bolsillos vacíos» simbolizaban un corazón completamente satisfecho con el Rey. No dejó una fortuna tras de sí, pero dejó un legado de fuego que sigue encendido hoy en día.



CONCLUSIÓN: LA ÚLTIMA AUDITORÍA DEL AMO

A menudo imaginamos nuestro último encuentro con el Señor como una revisión financiera estricta: un encuentro de contabilidad divina en donde las columnas deben estar en equilibrio, y toda deuda saldada. Sin embargo, a la «última auditoría» del Amo no le importa tu valor neto; le importa la postura de tu corazón. No quiere observar el tamaño de la reserva que acumulaste, sino la calidad del puente que construiste para quienes vienen después de ti.

Existe una historia tradicional de un anciano que viajaba solo por una carretera cuando de pronto llegó a un profundo y enorme desfiladero por el que fluía una corriente de agua turbia. El hombre lo cruzó al atardecer, sin temer a la corriente. Una vez que llegó al otro lado, se detuvo y construyó un puente. Otro viajero le preguntó por qué desperdiciaba sus fuerzas construyendo un puente sobre un abismo que nunca volvería a cruzar. El anciano levantó la cabeza y dijo:

*«Habrà, después de mí hoy,
Jóvenes cuyos pies transiten este camino.
Este abismo, que no fue nada para mí,
podría ser un obstáculo para ellos.
Habrà quien tenga que cruzarlo al*

GUÍA DE CAMPO

atardecer.

Entonces, amigo, este puente es para él».

El comienzo de tu legado

La jubilación no es el final del libro. Es el comienzo del epílogo, que suele ser la parte más importante de la historia. Es la transición de una misión de éxito a una misión de importancia. Tus recursos acumulados, tu sabiduría adquirida con esfuerzo y tu nueva disponibilidad de tiempo son la madera y la piedra para construir los puentes que tanto necesitan las próximas generaciones.

Cuando eliges ser generoso en esta etapa, estás declarando que tu vida siempre tuvo un propósito mayor al de la autopreservación. Estás demostrando que el evangelio tiene el poder de silenciar el instinto de supervivencia y reemplazarlo con una visión de eternidad. Tu legado no es el dinero que dejas, sino la fe que depositas en la vida de los demás.

Una nueva definición de paz

Para el jubilado que hoy vive aferrado con todas sus fuerzas a la «seguridad» que le brindan sus recursos, el desafío es creer que el saldo de una cuenta bancaria nunca fue la verdadera fuente de su seguridad. La ansiedad específica que lo atormenta por las noches —los costos cada vez más altos, la incertidumbre sobre la salud y el miedo a ser una carga— es real, pero no tiene la última palabra.

La verdadera paz llega cuando dejas de apretar el puño. Una mano abierta es la única forma de recibir la alegría que está preparada para ti en este último capítulo. Hay una seguridad silenciosa en la providencia que sobrepasa cualquier número en una pantalla. Eres más rico que nunca, no por lo que acumulaste, sino por lo que pudiste dar. Usa tu tiempo, tu sabiduría y tus recursos para construir puentes que durarán varias generaciones. Terminar la carrera no implica aislarse en un búnker de miedo, sino caminar en un campo fructífero.



THE MENTORING PROJECT

El doctor **RICHARD JOHN PERHAI** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado magna cum laude en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro (Fortress Press, 2015).

El doctor **LARRY OATS** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

